

## CAPÍTULO II.

### LOS POETAS (1).]

#### § I. — La poesía y la paz.

Hay un sentimiento que domina en todos los poetas de Roma, y es el deseo de la paz. Después de las guerras civiles que llenaron el último siglo de la República, sintieron los Romanos aquella postración que sigue siempre á las revoluciones. La guerra había devastado la Italia; hubo una violenta reacción en favor de la paz. Por una singular fatalidad, los dos grandes poetas de Roma fueron víctimas de las sangrientas luchas que desgarraron el mundo (2). La amistad de Augusto hizo olvidar á Horacio y á Virgilio sus desgracias privadas; pero no pudo borrárseles el recuerdo de los horrores de que habían sido testigos. Todos los poetas del imperio participaron de sus sentimientos, por más que cada uno imprimiese á sus cantos un carácter individual. El uno estaba inspirado por el patriotismo, el otro agitado por vagas esperanzas de una renovación de la humanidad; en la mayor parte el deseo de la paz fué producto de la molición y de una especie de decadencia moral, fruto de la corrupción que corroía al Imperio.

(1) En nuestras citas seguimos en general la traducción de la *Colección de autores latinos de Nisard*.

(2) Horacio mandaba una legión en Farsalia, en el partido de Bruto. Pagó este honor con la pérdida de su mezquino patrimonio (*Epist.* II, 2, 49 y sig.), confiscado en provecho de los veteranos, precisamente cuando Virgilio era arrojado por ellos de su campo paterno.

#### § II. — Horacio.

Horacio, actor en el horrible drama de la guerra civil, es de todos los poetas del siglo de Augusto el que mejor expresa las desgracias de su patria. Este es el asunto del admirable épedo dirigido al pueblo romano (1): «¿Adónde vais, impíos? ¿Por qué están nuevamente en vuestras manos esas armas depuestas hace poco? ¿No ha corrido bastante sangre latina por la tierra y por las aguas? No para que el Romano reduzca á cenizas las orgullosas murallas de la envidiosa Cartago, ó para que el indomable Breton descienda á la vía sacra cargado de cadenas, sino para satisfacer las aspiraciones del Parto y mostrarle á Roma pereciendo por sus propias manos. Los lobos y los leones son ménos feroces; no se desgarran entre sí.»

El poeta dirige á Júpiter, á Apolo, á Vénus y á Rómulo sus súplicas por la paz. «Echa una mirada sobre tu raza olvidada: ¿no han durado bastante tus juegos crueles, Dios terrible, que no gustas más que del estrépito de las batallas?.....» (2)

¿Cuál es el sentimiento que inspira estas súplicas y estos deseos? ¿Es el amor de la humanidad? No; es el sentimiento patriota que gime por los males que la guerra civil ha traído á Roma. Si desea el fin de las discordias, es para que los Romanos sean tanto más poderosos contra sus enemigos. Horacio pide á la Fortuna que vuelva á aguzar las espadas embotadas de los Romanos, y que las vuelva contra los Partos. Deplora la guerra, pero solamente para Roma; ruega á Apolo que haga sentir sus horrores á los Persas y á los Bretones (3). Lo que sobre todo excita su indignación á la vista de la Italia, devastada por la guerra civil, es el pensamiento de que un bárbaro puede hollar aquel suelo sagrado cuando los Romanos se hayan degollado entre sí (4). El poeta

(1) EPOD., VII.—C. OD., II, 1.

(2) OD., I, 2.

(3) IBID., I, 21-35.

(4) EPOD., XVI.

excita á la juventud á ejercitarse en las armas, á fin de hacerse temible á los Partos (1). Su aspiracion suprema es que Roma extienda su imperio por toda la tierra: «Que lleve á lo léjos, hasta los últimos confines, su temido nombre, desde el mar que separa la Europa y el África hasta los campos que fecundizan las desbordadas aguas del Nilo; sean los que quieran los límites del mundo, que los toque con sus armas» (2). El verso célebre del *Canto Secular* da á conocer todo el pensamiento de Horacio:

*Alme Sol....  
....possis nihil Urbe Roma  
Visere majus.*

### § III. — Virgilio.

El alma tierna del cantor de Dido debía estar afectada dolorosamente con los males de la guerra. Las súplicas que hace por la paz nos parecen más desinteresadas que las inspiradas á Horacio por el espectáculo de las contiendas civiles. No es que Virgilio no tenga patriotismo: ha descrito en versos inmortales la mision de la dominacion romana. Pero su punto de vista es más elevado que el de Horacio. Su amor á la paz está mezclado de vagas aspiraciones á un destino mejor. Á sus ojos las guerras civiles son como las últimas convulsiones de un mundo que muere. El inspirado poeta anuncia una nueva edad de oro á la humanidad que sufre (3). ¿Cómo debe interpretarse esta profecía? Los primeros cristianos, oyendo á Virgilio predecir una revolucion social y referirla al nacimiento de un niño predestinado, creyeron ver en sus cantos la prediccion de la venida de Cristo (4). Dificil nos es participar de esta ilusion un tanto interesada. Es verdad que la antiqüedad parecia tener un misterioso presentimiento de su fin y del

(1) OD., III, 2.

(2) IBID., III, 3.

(3) BUCOL., IV, 4-9, 50-52.

(4) Véase el argumento de HEYNE sobre la cuarta égloga.

advenimiento de un nuevo orden de cosas. ¿Se habia agitado en estas esperanzas el alma religiosa del poeta latino? Sus palabras admiten todavía otra interpretacion ménos ideal, pero tal vez más verdadera.

Virgilio describe el triste estado del mundo, fruto de las guerras civiles y extranjeras: «Por todas partes se confunden lo justo y lo injusto, la guerra reina por todas partes, por todas partes las horrosas imágenes del crimen. El arado, abandonado, está deshonrado; las campiñas de donde ha sido arrancado el labrador, languidecen desoladas; con el hierro de la encorvada guadaña se forjan matadoras espadas. Marte abraza el mundo entero con sus impiós furores.» ¿Quién pondrá remedio á tantos males? Virgilio invoca al jóven Octavio (1). El advenimiento de Augusto al imperio va á realizar las aspiraciones del poeta; pone estas palabras en boca de Júpiter: «Entónces se mitigará la ferocidad de los tiempos; entónces la antigua Fe y Vesta dictarán leyes á los pueblos; las terribles puertas del templo de la guerra se cerrarán con fuertes barras de hierro» (2).

Así, en el pensamiento de Virgilio, Augusto es quien ha de realizar la edad de oro predicha por los oráculos. Para una alma dotada de sentimientos dulces, pacíficos y que no echaba de ménos la libertad de la opresora República, ¿no era una verdadera edad de oro el imperio que daba la paz al mundo despues de tanta sangre y tanta devastacion? La historia ha emitido un juicio bien diferente sobre el imperio: allí donde el gran poeta veia la edad de oro, ella veia la edad de hierro por excelencia, la decadencia moral, una corrupcion fabulosa y un monstruoso despotismo. Sin embargo, la ilusion que Virgilio se formaba ha engañado todavía en más de una ocasion á la humanidad: despues de las convulsiones de la anarquía, los espíritus fatigados sólo tienen sed de reposo,

(1) GEORG., I, 505-511, 498-500.

(2) AENEID., I, 292-296.—Anquis predijo todavía en términos más claros, que Augusto traeria la edad de oro:

*Hic vir, hic est, tibi quem promitti saepius audis,  
Augustus Caesar, divi genus; aurea condet,  
Saecula qui rursus Latio, regnata per aera  
Saturno quondam.*

(*Aeneida*, VI, 792-794.)

áun cuando tengan que comprarle á costa de la libertad. ¡ Que sirva de leccion á los pueblos el espectáculo del imperio romano ! Hemos justificado el advenimiento de los Césares bajo el punto de vista providencial. Esta justificacion , única posible, debería espantar á todos aquellos que buscan en el reinado de la fuerza un refugio contra los excesos de la libertad. Cuando una sociedad está condenada á muerte, puede Dios en sus inexcrutables designios aliviar su agonía dándole la tranquilidad de la paz ; es como el dulce veneno que proporciona un momento de reposo al pobre enfermo. Pero donde todavía hay elementos de vida, guardémonos de ponerlos bajo la proteccion de la fuerza ; es un veneno mortal para los bienes más sagrados del hombre. Mejor es, despues de todo, pasar por las agitaciones de la libertad que encerrarse vivo en una tumba.

#### § IV. — Los poetas filósofos.

##### N.º 1. — Siro.

El nombre de Siro, hoy poco conocido, era admirado en la antigüedad (1). Sus piezas teatrales pertenecian al género secundario de los mimos ; pero mezcla á los chistes obligados de sus comedias verdades útiles y nobles máximas. Citarémos algunas, para mostrar cuánto se aproximaba, al fin de la República, la moral de los antiguos á la doctrina cristiana :

« Espera de otro lo que tu hayas hecho á los demas. »

« Más vale recibir que hacer una injuria. »

« Perdona con frecuencia á los demas, pero nunca á tí. »

« Debe llamarse malo á aquel que no es bueno más que en intereses suyo. »

« Debe regirse cada dia como si fuese el último. »

« Vive en paz con los hombres, en guerra con los vicios. »

« La emulacion más laudable es la que inspira la humanidad. »

(1) PETRONIO le pone en paralelo con CICERON (*Sátir.* 55). — SÉNECA toma de él sentencias y hace su elogio (*Epist.* VIII).

« Ser clemente es vencer. »

« Por nuestras buenas obras es por lo que más nos aproximamos á los dioses. »

Estos principios de humanidad y de caridad eran extraños á los antiguos ; germinaban en algunas almas escogidas, esperando que el cristianismo los hiciese patrimonio comun del género humano. Siro es digno de ser colocado al lado de los filósofos del imperio ; como ellos, preparó los espíritus para la enseñanza de una nueva religion.

##### N.º 2. — Lucano.

Lucano, sobrino de Séneca, fué iniciado en la filosofia por el estóico Annæo Cornuto. Su tío le comunicó el horror á la guerra y el odio á los conquistadores. Compadece á los desdichados mortales que hacen la guerra. A ejemplo de Séneca, lanza una violenta filípica contra Alejandro el Grande : « Allí reposa el hijo insensato de Filipo, aquel afortunado bandido, de quien libró á la tierra el destino vengador. ¡ Vedle salir de la Macedonia, llevado á los campos de Asia por la fuerza del destino, correr sobre montones de cadáveres y pasear su espada por todas las naciones ! La sangre de los pueblos enrojece rios desconocidos ; la de los Persas, el Eufrates ; la de los Indios, el Ganges. Es un azote destructor del mundo, es un rayo que hiere con iguales golpes á todos los pueblos, es un astro de desgracia para las naciones. Vedle como se apresta á llevar sus flotas al Océano por el mar exterior. Ni el fuego, ni el agua, ni la infecunda Libia, ni las sirtes de Hammon, nada puede detenerle. Penetrará hasta el Occidente, siguiendo la pendiente del mundo, para dar la vuelta á los dos polos y beber en las fuentes del Nilo. Pero llega la hora suprema ; es el único límite que la naturaleza puede imponer á aquel rey furioso » (1). Dejemos á Plutarco, á Montaigne y á Montesquieu el cuidado de defender la memoria del héroe griego. Hay, sin embargo, en estas injustas acusaciones una inspiracion verdadera, y es la protesta contra el es-

(1) PHARSAL., X, 20 y sig.

píritu de conquista: es constante entre los poetas y los filósofos. Recojamos con cuidado estos testimonios; ellos dan fe de las aspiraciones de la humanidad.

N.º 3.—*Séneca.*

El genio de Lucano es más bien declamador que filosófico: vamos á ver cómo la filosofía se presenta claramente en las tragedias de Séneca. No se sabe quién es el autor de los dramas que llevan este nombre (1). Una opinion bastante extendida los atribuye á Séneca el filósofo (2). Es verdad que el autor estaba imbuido en el espíritu que ha inspirado al estóico romano. Las doctrinas del filósofo tienen admirable analogía con las del siglo XVIII. Hay también una incontestable semejanza entre las tragedias del poeta y el teatro de Voltaire, de Sedaine y de Saurin. La filosofía invade la escena; los personajes de los dramas olvidan su verdadero carácter para declamar máximas filosóficas.

Los tiempos heroicos son la edad de la fuerza bruta; Séneca hace hablar á los héroes de Homero como á discípulos de Zenon. Presenta á Agamenon deplorando los excesos de los vencedores: «Cuanto pudiera censurárenos en punto á crueldades y barbarie fué obra de la venganza, de las tinieblas, que son un aguijon para el furor, de aquella embriaguez de la espada, que, una vez excitada, es insaciable. Que sean perdonadas cuantas ruinas puedan quedar de Troya; basta y sobra ya de venganzas» (3).

Los héroes de la Iliada son todavía medio salvajes: Agamenon amenaza á los hijos de los Troyanos hasta en el seno de sus madres. En las *Troyanas* de Séneca, Pirro, el hijo de Aquiles, expresa los sentimientos crueles de los tiempos antiguos. Agamenon le opone máximas de humanidad tomadas de la filosofía (4):

(1) BAEHR, *Geschichte der römischen Literatur*, § 43.

(2) NISARD, (*Estudios sobre los poetas latinos de la decadencia*, t. I) admite esta opinion como la más probable.

(3) TROAD., V, 277-278.

(4) *IBID.*, v, 334-337.

*Pirro*: «Ninguna ley protege al prisionero ni se opone á su suplicio.»

*Agamenon*: «Lo que la ley no prohíbe, lo prohíbe el honor.»

*Pirro*: «No, todo cuanto quiere hacer el vencedor le es lícito.»

*Agamenon*: «Cuanto más poder se tiene, ménos debe abusarse de él.»

Segun la tradicion, Agamenon inmoló su hija á los dioses, mientras que en la tragedia de Séneca protesta contra los sacrificios humanos: «Si es menester sangre para aplacar la sombra de Aquiles, hagamos correr sobre su tumba la de los más hermosos rebaños de la Frigia; pero no derramemos la que costaria lágrimas á una madre. ¿Qué costumbre bárbara es esa de inmolar hombres á un hombre que ya no existe?» Polixenes es sacrificado á los manes de Aquiles, á pesar de las observaciones de Agamenon. Segun Séneca, «los Griegos lloran el crimen que acaban de cometer: al contemplar esta muerte, la multitud inconsiderada la condena.... Las dos naciones la deploraron; los Troyanos ahogaron sus tímidos sollozos; los vencedores dieron rienda suelta á su dolor» (1).

¿Qué importan estos anacronismos? El arte podrá condenarlos, la humanidad los aplaude. Séneca ha sido fiel á la mision divina de los poetas; en una edad de barbarie ha predicado la dulzura y la clemencia. El poeta filósofo tiene aspiraciones que parecen hacer de él el cantor del porvenir. Manifiesta el deseo de que reine en el universo una paz inalterable (2). Esta aspiracion se liga al ensueño de una edad de oro consecuencia de la destruccion y del renacimiento del género humano. La concepcion de Séneca está tomada del estoicismo, pero el poeta tiene esperanzas de que carecen los filósofos. Los estóicos, sin dejar de creer en la renovacion del universo, enseñaban que cada creacion nueva estaba destinada á girar en el mismo círculo de errores y de crímenes. Séneca cree que la generacion futura será mejor, «parecida á lá que habitaba la tierra cuando, jóven todavía, estaba gobernada por Saturno» (3). Esta idea de palingenesia, de mejora ha conducido tal vez á Sé-

(1) TROAD., v, 296 y sig.; 1120, 1129 y sig.; 1161 y sig.

(2) HERCUL., v, 929-931.

(3) OCTAV., v, 391-396.

neca á predecir el descubrimiento de nuevos continentes. El poeta describe los progresos de la navegacion desde la expedicion de los Argonautas; anuncia mayores progresos: «Hoy el mar sumiso obedece á todos los mortales. No necesitan ya de la nave maravillosa de Argos, obra de Minerva y dirigida por los príncipes de la Grecia; una simple barca recorre todo el mar. Los límites del mundo han cambiado, y algunas ciudades han elevado sus murallas sobre una tierra nueva. El universo es recorrido en todos sentidos, y los hombres no han dejado nada en el lugar que ántes ocupaba. El Indio apaga su sed en el helado Araxe; los Persas beben las aguas del Elba y del Rhin.» En fin, el poeta, inspirado, se lanza en el porvenir: «Trascurriendo el tiempo llegarán lentamente los siglos en que el Océano romperá sus barreras, se descubrirá un país inmenso, Thétis nos abrirá el paso á tierras desconocidas, y no será ya Thulé el límite del universo» (1).

Hay en estas vagas esperanzas un vago instinto de la perfectibilidad humana; pero esto no es más que un débil resplandor, insuficiente para guiar al poeta á través de los destinos, todavía oscuros, de la humanidad. Los antiguos creían que los hombres iban degenerando sin cesar. «Nuestros abuelos, dice *Horacio*, peores que sus padres, tuvieron hijos más malos que ellos, á los cuales han de seguir nietos todavía peores» (2). La conciencia humana se subleva contra esta desoladora doctrina; el presentimiento de la elevada mision del hombre se manifiesta hasta en los ensueños en que se pierde, mientras no comprende que la condicion del género humano va mejorando merced á un progreso incesante. Prescindamos de la forma del pensamiento de Séneca y encontraremos el dogma consolador de la perfectibilidad, que da á los hombres la certeza de un porvenir mejor.

(1) *MED.*, v, 364-379.

(2) *HORAT.*, *Od.*, III, 6 (traducción de J. B. ROUSSEAU., *Epistolas I y II*).

### § V.—Los poetas satíricos. Juvenal.

*Ciceron* se lamenta tímidamente de que se coloca la gloria de las armas por cima de la del mérito civil. Los sentimientos pacíficos, que nacían apénas en las últimas convulsiones de la República, se desarrollaron rápidamente bajo el Imperio. Juvenal no duda en combatir la ambicion guerrera, fuente de la grandeza romana: «Los despojos robados en los combates, una coraza puesta en un trofeo, la visera que cuelga de un casco roto, un carro sin lanza, el pabellon de una trirreme vencida, un cautivo tristemente encadenado en lo alto de un arco de triunfo: hé aquí lo que los humanos miran como el bien supremo. Esto es lo que inflama al general griego, romano, bárbaro, lo que les hace afrontar los peligros y los trabajos: tan cierto es que el hombre ansía más la gloria que la virtud.» El poeta muestra en seguida, con el ejemplo de Aníbal, de Alejandro y de Jerjes, la vanidad de la gloria de los conquistadores: «Pésese á Anibal, ¿cuántas libras de cenizas hay en aquel gran capitán? Ved á aquel á quien el Africa no pudo contener.... Añade la España á su imperio, se lanza al otro lado de los Pirineos. En vano le opone la naturaleza los Alpes y sus nieves; él aparta las rocas, rompe las montañas. Ya es dueño de Italia; quiere penetrar más adelante. Nada se ha hecho, dice, si el soldado cartagines no rompe las puertas de Roma.... ¿Cuál es el desenlace? ¡Oh gloria! Fué vencido á su vez, huyó desterrado, y allí, aquel grande, aquel admirable cliente, espera á la puerta de un palacio á que tenga á bien despertarse el tirano de Bitinia. No perecerá aquel que ha removido al mundo, ni por la espada ni por la flecha; el vengador de Cannas y de tanta sangre derramada es una sortija. ¡Corre, insensato, corre á través de los Alpes salvajes para divertir á los niños, para llegar á ser un objeto de declamacion!—No le basta al jóven de Pella un solo universo. ¡Desgraciado! Se agita en el recinto demasiado estrecho del mundo, como si estuviese encerrado entre las rocas de Gyara. Pero cuando haya hecho su entrada en la ciudad de murallas de ladrillo, le bastará con un sarcófa-

go. Solamente la muerte nos obliga á confesar cuán poco es el hombre.—¿En qué estado volvió de Salamina, obligado á abandonarla, aquel bárbaro que habia encadenado á Neptuno? Con un solo barco, á través de olas ensangrentadas y detenido por los cadáveres amontonados de sus soldados. ¡Así es como generalmente castiga la gloria á sus adoradores!» (1).

Juvenal es el primer poeta romano que protesta contra la gloria de las armas. Hay todavía un sentimiento más profundo en sus versos: parece oírse un eco de la voz que canta: «todo es vanidad.» Es la voz del espiritualismo que reprueba todos los esfuerzos de la ambición. Hay una parte verdadera en este grito de desesperación arrancado al hombre abatido y desengañado. Pero guardémonos de dejarnos llevar al desaliento y á la inacción, consecuencia inevitable de la creencia de que todo es vanidad. Más verdad sería el decir que nada es vano en los trabajos serios del hombre: ¿qué importa que fracase ó que consiga el objeto inmediato de sus deseos? Obrando según las inspiraciones de su genio, llena su misión; y cuando el sentimiento que le hace obrar es verdadero, no trabaja en vano, aún cuando sucumba. Aníbal es tan grande después de la derrota de Zama, como después de la victoria de Cannas. Aun vencido, será siempre la admiración de la posteridad, como defensor de las nacionalidades contra la ambición absorbente de Roma: aquella causa no pereció jamás, aún cuando perezcan sus defensores. ¿Quién dirá que la corta, pero gloriosa, carrera de Alejandro no ha sido más que vanidad? El Oriente, abierto al helénismo, la unidad del género humano preparada, ¿son cosas vanas porque el que las llevó á cabo haya muerto al principio de su brillante carrera? Las mismas conquistas de los Bárbaros, aún cuando en ellas domina la fuerza bruta, tienen su razón de ser. Dejemos, pues, de rebajar al hombre, diciéndole que todo es vanidad. Para que este axioma del espiritualismo no sea una vana declamación, es preciso entenderlo en este sentido, que el hombre no debe obrar inspirado por su egoísmo, que debe consagrarse á los intereses generales de la patria y de la humanidad.

Preferimos á los ataques de Juvenal contra la vanidad de la glo-

(1) SAT. X, 133-141, 147-187.

ria, la sátira en que el poeta deja por un instante el tono áspero del censor para celebrar la compasión; de aquí se eleva á la idea de la sociabilidad, y censura á los hombres por turbar al mundo con la muerte y con la guerra: «La naturaleza, al darnos las lágrimas atestigua que nos ha dotado de un corazón benigno; esta sensibilidad es la mejor parte de nuestro ser.... ¿Qué hombre de bien puede creerse extraño á los males de otro? La piedad es la que nos distingue de los infinitos animales; el autor común de las cosas no les concedió más que la vida; á nosotros nos dió además un alma, para que un mutuo afecto nos hiciese buscar alternativamente y prestar un apoyo y nos reuniese después de largo tiempo de dispersión en un sólo pueblo.... Hoy reina más armonía entre las serpientes. La fiera reconoce y no ataca su especie. ¿Cuándo se ha visto al león más fuerte destrozar á otro león? Pues aún es poco para el hombre el haber fabricado, sobre un yunque sacrilego, el hierro homicida; vemos pueblos que consideran un corazón, los brazos, una cabeza, como otros tantos alimentos» (1). Juvenal llena aquí la verdadera misión del poeta satírico; no se limita á censurar los vicios de los hombres; encuentra dulces acentos para pintar los buenos sentimientos y para llamar al género humano á su naturaleza celestial.

## § VI.—Los poetas epicúreos y eróticos.

### N.º 1.—Lucrecio.

Aun cuando la doctrina de Epicuro no sea una enseñanza del materialismo, como en general se cree, hay que confesar que apenas se presta á sentimientos generosos. Lucrecio hace, como Virgilio, votos por la paz, pero la desea ménos en interés de la humanidad que por gozar de la tranquilidad que exigen los trabajos poéticos. Oigamos la bella súplica que dirige á Vénus: «Haz

(1) SAT., XV, V, 131-171. Juvenal refiere un horroroso ejemplo de antropofagia de que fué testigo en Egipto (V, 33.—128 de la misma *Sátira*).